

Silvia Montenegro

De Los Príncipes Oscuros

Me pide que me vista
de rojo, que lo mire a los ojos
que vuele.
Ruega el perfume del antebrazo.
Se anida.
Busca un nogal y se anida.
Me quiere en la oscuridad
me quiere morena y horizontal
quieta y astuta.
Asomarse en la paz de mis zapatos
danzar en la anarquía.
Yo sólo quiero bailar infancia
y que mi madre
cante.

*

He venido vaciándome para llenarte.
No tengas miedo.
El enigma es buscar lo que ya encontramos.
Lo que no tuvimos
late en el fondo del mar.
Y están los peces en blanco y negro
comiéndose los restos.
Por eso el nudo en la garganta,
la inercia de lo que no fuimos.

En el bar de don Ramón

En el bar de don ramón somos todos almas en pena.
Bellos y dolorosos como los cinco minutos del amor.
Manjares del solitario.
Fluidas sus narices en qué perfume.

Cae el vaso y derrama todas las lenguas.
El vino es una calumnia.
Balbucean algo parecido a cielo.

Las hadas del mezcal nos acercan al cielo.

Taos de la calle.
Falos que engullen migas,
arrastran la carne el pan
y lo tragan como a una sobra de invierno.

Bienvenida mamita al oleaje del sudor
(el poeta clava un tramontina
como un verso inalcanzable que sacia).

Los miro y cruzo las piernas y los dedos
escondiendo si pudiera el temblor.

En procesión carromatos ofrecen flores, yerba buena.
La avenida es un espejo de pequeñas arañas
que se indigestan con seda amarga.

Me voy deshaciendo en un pandemónium cristalino.

Sostengo con un pie la moneda que di.
No sé si son las manos o la mesa,
todo se mueve en redondo.
La vida es un reloj y recuerdo a Borges.
Sus senderos, sus esferas.
El perfecto copo de nieve del que habló mi hijo.
La carterita que trajo de la feria del Rastro.
Y el no escribas mamá si no es preferible al silencio.

Prófuga deshielo socavo el cielo tan triste.

Don ramón limpia el tiempo.
Barre el escombros como a un lucero.
Pasa la cuenta.
Un vino.
Una milanesa.
Cinco pesos de cubierto.

Y la copa deje nomás.

Copa rota en mi boca partida.

Camino en el patio de los suspiros.

Cruzo San Telmo con sabor a ajo.

Sin un peso. Con hambre.

Sin embargo sonrío

con la sinceridad generosa

de quien renuncia

a todo.